

EDICIONES
BISTAGNE

1
pta.

RENÉE
ADORÉ

RAMÓN
NOVARRO

El Pagano de Tahiti

LA
C

ED

E

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

The pagan

El Pagano de Tahiti

Delicado asunto, dirigido por

W. S. VAN DYKE

Producción NON PLUS ULTRA

METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 230 - BARCELONA

*

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

RAMÓN NOVARRO DOROTHY IANIS
RENÉE ADORÉE DONALD CRISP

ETC.

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EL PAGANO DE TAHITÍ

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Mister Slater saltó de la goleta al bote y sus criados mestizos le condujeron a la playa.

Sacaron el bote hasta la arena seca para que mister Slater no se mojara ni siquiera la suela de los zapatos; y en tanto los mestizos volvían a la goleta, pues formaban parte de la tripulación, mister Slater se lanzó tierra adentro.

Hacia tiempo que no había pisado aquella isla perdida en la inmensidad del Pacífico, isla cubierta de una vegetación tropical y donde todo tenía ese sello incon-

fundible de la vida en estado salvaje, mejor aun, de la vida en su verdadero y natural estado.

Aquella isla no pertenecía a ningún archipiélago ni estaba cerca de ningún continente. Muy lejos quedaba el archipiélago de la Polinesia, muy lejos el continente australiano, muy lejos las costas de Asia y las de América. Pertenecía al mundo novísimo de la Oceanía, pero daba la sensación de no pertenecer a ninguna de las cinco partes del mundo. Estaba sola en medio del mar. Si hubiera sido posi-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ble abarcar de una mirada todo un hemisferio, se la habría visto como un puntito oscuro y solitario en medio de la inmensidad del océano Pacífico.

Algún antiguo cataclismo, de aquellos que variaban en un par de minutos la faz de la tierra, la hizo surgir allí y allí estaba hasta que Dios quisiera que una nueva convulsión la sumergiera en las profundidades del mar o levantara a su alrededor un continente.

Predominaban las palmeras y los cocoteros, pero entre ellos había todo un mundo vegetal jamás soñado por los que vivimos lejos del Ecuador.

La fauna era igualmente desconocida por el hombre blanco. Eran aves de vivísimos colores y extraña forma, insectos que daban saltos gigantescos o se arrastraban penosamente, que revoloteaban con monótono zumbido o se deslizaban por el aire con la delicada ligereza de las mariposas.

El blanco no existía allí. Todo era de color y todo tenía un matiz fuerte y puro. El blanco se queda

para esas latitudes azotadas por la nieve y por la niebla.

Entre la maravilla de este mundo algún blanco camino se deslizaba con forzadas contorsiones, evitando gargantas profundas, colinas y montañas, ríos y arroyos, charcos y lagos.

Mister Slater iba por estos caminos con paso seguro. Muchas temporadas había pasado en aquella isla comprando o robando cocos y otros productos que para los nativos valían tan poco como un puñado de tierra y que después vendía él a buen precio en los mercados de la civilización.

Su goleta iba y venía entre las costas de América y las islas del Sur con infatigable constancia, realizando un comercio que no se ajustaba a ningún código ni a ninguna ley de la conciencia.

Su traje blanco y su salakof, su bastón negro en forma de vara de mando, le daban esa apariencia inconfundible del colono inclemente que apoya su comercio en la crueldad y en la tiranía.

Su cuerpo recio y sus facciones

duras acusaban también al hombre que abusa de su fuerza.

Dejando un camino y tomando otro y pasando de ellos a un atajo, llegó en seguida a un pueblo en el que se veía la mano de la civilización.

Era un pueblo integrado casi totalmente por mestizos, vestidos con una irrisoria mezcla de la indumentaria nativa y el traje de los hombres civilizados.

Se veía algún rostro blanco y algún traje totalmente europeo o americano, pero en muy escasa proporción. En cambio abundaban los indígenas, vestidos con una breve tela que se envolvía a la cintura a modo de falda.

Pasó mister Slater por el lado de un café cantante, donde desde buena mañana se bebía, se bailaba y se jugaba, y, en seguida, por el lado de una casa de banca que resultaba una pobre caricatura de las que se ven en las urbes del mundo civilizado.

Lo primero que hace el hombre blanco al sentar sus reales en un país sin civilizar es darle ocasión

de beber y de realizar operaciones bancarias.

Lo primero lo hacen inmediatamente los indígenas, pero lo segundo se queda para los colonos.

Entró en el banco mister Slater y, viendo que la única ventanilla abierta estaba ocupada, esperó.

El cliente que absorbía la atención del empleado del Banco era una mujer y, por cierto, blanca. Llevaba un vestido un tanto chillón y un rostro muy maquillado. Los ojos eran una notabilidad por su magnitud y masticaba goma en tanto entregaba unos billetes al empleado, el cual le dió un resguardo que garantizaba el ingreso en cuenta corriente.

—¡Buena semana llevas, Corina!—dijo el empleado—. Has ahorrado ochenta dólares en seis días. ¡Quién fuera mujer y blanca como tú para dedicarse a bailar en los cabarets!

—¡Bah! Llevo aquí seis meses haciendo una vida agotadora y todavía no tengo dinero para volver a San Francisco. Cuando lo reúna estaré ya vieja o enferma. No me

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

envidias. Tú no sabes lo que es esta vida en la que hay que bailar, reír y beber constantemente.

Se había puesto un poco triste, pero al volverse y ver a mister Slater el rostro se le alegró.

—Buenos días, forastero—dijo con desenfado, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo pícarosamente.

Pero mister Slater, que profesaba

un verdadero horror a aquella clase de mujeres, por considerar que eran el peor enemigo de los negocios, le volvió la espalda con un gesto despectivo.

No se inmutó Corina. Estaba acostumbrada a aquellos desprecios de los hombres. Recobró el bolso que había dejado sobre el mostrador y se fué a la calle masticando goma.

II

Cuando mister Slater se acercó a la ventanilla, el empleado lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Caramba, mister Slater! ¿Cuánto tiempo sin venir por aquí!

—Estos años últimos he tenido mucho trabajo en las islas de Salomón.

—¿Viene usted para mucho tiempo?

—Según. Necesito copra, mucha copra y hasta que no la encuentre no me marcharé. ¿Dónde le parece a usted que la puedo adquirir?

—La hacienda que produce más coco es la de Henry Shoemith, un joven mestizo riquísimo.

—¿Hace el favor de apuntarme el nombre y las señas?

El empleado lo hizo al punto y le entregó la nota en tanto le decía:

—Le advierto a usted que tiene horror al negocio. Se pasa el día tumbado al sol, o en el mar, o tocando el piano. Es un mestizo casi blanco, pero por su indolencia merece ser indígena.

Esta circunstancia fué del agrado de mister Slater. El trato con hombres que no entendían de negocios le resultaba siempre más productivo que las transacciones con avisados comerciantes.

Se guardó el papel en el bolsillo, se despidió afectuosamente del empleado y se dirigió en busca del tal Shoemith.

• • •

Guiándose por las indicaciones del escribiente, llegó a una casa de madera con grandes vidrieras que permitían ver todo su interior. La

decoración y el mobiliario demostraban que el morador de aquella vivienda era un hombre rico. Hammacas con cojines de seda, sillones de mimbre, un piano y objetos decorativos de gusto y valor. Las flores no faltaban en ninguna parte. Todo lo animaban y lo embellecían con sus vivos matices.

Mirando mister Slater por uno de los grandes ventanales abiertos, se convenció de que no había nadie en la casa, pero, para estar más seguro dió unas voces que no obtuvieron respuesta.

Dió un rodeo a la casa sin cesar de llamar a gritos al dueño y llegó a la fachada opuesta, donde había una puerta un tanto angosta y algunas ventanas.

Entró el americano y se encontró en una especie de tienda llena de polvo y de suciedad. Los anaqueles estaban vacíos y ante ellos se extendía un mostrador en el que el comercio no dejaba vestigio.

Miró a un lado y a otro el visitante y por fin descubrió un indicio de vida humana.

En un extremo del mostrador se veían dos pies desnudos y cruza-

dos. Estaban apoyados en el borde y, por su inmovilidad, se deducía que su dueño dormía como un tronco.

Los pies no estaban muy limpios y sus plantas eran duros callos. Aquel hombre no debía de saber lo que era el calzado.

Se acercó el extranjero.

—¡Mister Shoemith! ¡mister Shoemith!

Pero mister Shoemith continuaba dormido como un tronco y resollando.

Le golpeó suavemente los pies con el bastón y sólo entonces abrió el durmiente los ojos y se quedó mirando estúpidamente a mister Slater.

—Buenos días, mister Shoemith —dijo el extranjero afectuosamente—. Vengo a saludarle como antiguo amigo de su padre. ¡Oh, éramos como hermanos!

El presunto mister Shoemith, que no se había molestado en retirar los pies del mostrador ni en hacer movimiento ninguno, desplegó sus gruesos labios y dijo lentamente:

—Yo no soy míster Shoesmith. Soy su criado.

Al oír esto, el semblante de míster Slater se convirtió de afable en amenazador y descargando un fuerte bastonazo en los pies del indígena, vociferó:

—¡Levanta, cerdo, y ve a decir a tu amo que le espero!

El indígena se rascó la parte del pie en que había recibido el golpe y se levantó trabajosamente del sillón en que estaba sentado.

—Le buscaré—dijo—. Puedo encontrarle y puedo no encontrarle.

—¿Es que no está en casa?

—Mi amo no está en casa nunca. No le gusta la casa. Su verdadera casa es la selva y el mar. Le diré que tú le esperas. Y él vendrá o no vendrá. No le gustan las visitas.

—Dile que le espero para tratar de un importantísimo negocio.

El indígena se encogió de hombros.

—Se lo diré, pero si le digo eso es seguro que no vendrá.

Y salió de la casa arrastrando los pies penosamente y con la misma lentitud que si llevara auestas una carga de cien kilos.

El azar quiso que encontrara a su amo.

Estaba tumbado en el suelo, a la sombra de un árbol cuajado de plátanos. Acababa de abatir uno de un cañazo y, después de morderlo con los dientes, le dió un mordisco, de modo que el criado le halló con la boca llena.

—Amito, te espera un hombre

blanco para hacer negocio contigo.

Henry Shoesmith se tragó lo que tenía en la boca y contestó:

—Dile que estoy muy ocupado y que no puedo atender a negocios.

—Le diré que vuelva mañana.

—O pasado. Da lo mismo una semana antes que después.

—Los hombres blancos todo lo quieren de prisa, de prisa.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Dile que no me gustan los negocios en que hay que ir con la lengua fuera.

El indigena se había sentado en el suelo para descansar mientras hablaba con su amo y comenzó a levantarse. Un minuto después ya

estaba de rodillas. Transcurrido otro minuto estaba de pie. Un minuto más y dió el primer paso de la larga caminata de cincuenta metros que había de hacer para llegar a la casa a dar la contestación al forastero.

• • •

Henry era un muchacho joven, de semblante alegre y figura apolínea.

Nadie hubiera dicho que era mestizo, a pesar de que vestía a la usanza indigena. Una pequeña falda cruzada en forma de pantalón era todo lo que llevaba como vestido y su torso y sus piernas quedaban al descubierto, ostentando un color tan blanco que parecía un producto de nuestra raza sin mezcla ninguna.

Los músculos se acusaban en todo su cuerpo sin romper la armonía de las líneas. Su cuerpo tenía una belleza viril más propia de un gladiador romano que de un mestizo de Oceanía.

Sus blancos dientes continuaban rompiendo la suave y azucarada

carnosidad del plátano, cuando apareció Corina provista de una especie de guitarrón.

Henry no había reparado en su presencia y ella aprovechó esta circunstancia para contemplarlo a su sabor.

Su mirada fué desde la punta de los pies hasta el rizado cabello y después volvió a descender hasta la boca, cuyos húmedos labios acompañaban a los niveos dientes en sus acompasados movimientos.

Un suspiro se escapó de su pecho y en sus ojos se leyeron los sentimientos que Henry le inspiraba.

El joven se volvió al oírla suspirar y la saludó con un movimiento de su mano.

—¡Qué feliz eres, Henry! ; Có-

mo te envidio! No tienes preocupaciones, no tienes que trabajar para vivir. Te pasas el día a solas con la naturaleza, en mudo coloquio con los árboles y con el cielo.

—Pues eso lo puedes hacer tú también. Quitate toda esa ropa que llevas y échate junto a ese otro árbol.

Corina no le obedeció en lo primero, pero hizo lo segundo. Se sentó cerca de él y comenzó a tocar y a cantar.

Henry la escuchó embelesado y concluyó por cantar también. Tenía una hermosa voz de barítono. Corina, que no lo había oído nunca, le estuvo escuchando con asombro, que fué creciendo en intensidad de acuerdo con la dulzura de la melodía.

—Tienes una voz hermosísima, Henry. Todo es hermoso en ti.

Y con una mirada dijo mucho más de lo que había expresado con palabras.

—¿Por qué no me querrás tú a mí como yo te quiero a ti, Henry?

Y había en su voz un tono de apasionada súplica.

—¿Si yo te quiero mucho, Corina!

—No me refiero a esa clase de querer. Tú eres bueno y quieres a todos. Yo hablaba del querer de amar.

—¡Bah! No hablemos de esas cosas. Hace demasiado calor aquí para aumentarlo con el fuego del amor. Toma un plátano y refresca la sangre.

Corina tomó el plátano, pero no lo probó.

—¿Si yo hubiera conocido antes un hombre como tú!...

Henry no le hizo caso. Seguía comiendo plácidamente. De pronto, sus ojos se fijaron en la inmensidad del mar.

—¡Ha venido un barco!

—Sí. Es la goleta de mister Slater, un comerciante blanco.

Desde este momento, la curiosidad de Henry estuvo fija en la goleta y hasta tal punto dejó de hacer caso de Corina, que ésta decidió marcharse.

III

De súbito, se levantó Henry y se dirigió al mar. Sus ojos estaban fijos en la inmensidad azul. Con los brazos abiertos y el pecho dilatado, se introdujo en el agua y comenzó a nadar.

El mar era estrecho para él. Sus fuertes y ágiles brazos dejaban una estela de espuma. De vez en cuando hacía una pirueta y desaparecía debajo del agua para reaparecer cincuenta o sesenta metros más allá. Tenía una resistencia asombrosa para nadar por debajo del agua. Sin proponérselo, se vió de pronto junto a la goleta, junto al barco de aquel comerciante blanco del que le había hablado Corina.

Nadando lentamente, dió una vuelta entera a la goleta. De pronto, se detuvo. Una canción dulcísima había llegado a sus oídos. La

voz era de mujer, una voz magnífica de contralto.

Se distanció un poco del barco para ver a la que cantaba, y aunque estaba algo lejos, quedó al punto prendado de su hermosura.

Era una mujer de cabellos negros, que caían sobre sus hombros en abundante cascada.

Sólo estaba vestida con un trozo de tela que se ceñía a su cuerpo comenzando debajo de los brazos y terminando bastante más arriba de la rodilla. Su piel oscura, tenía ese color inconfundible del mestizo. Sus ojos, profundamente negros como el cabello, tenían relampagueos misteriosos y fascinadores.

Al cantar, dejó al descubierto la doble línea perlada de sus dientes.

Estuvo Henry escuchándola has-

ta que concluyó, y entonces comenzó a cantar él.

La muchacha, sorprendida, se asomó a la borda y desde allí estuvo contemplándole y escuchándole.

Bajo el agua límpida se delineaban los fuertes músculos del nadador, cuyas piernas se agitaban para mantenerle a flote.

La joven mestiza le examinó minuciosamente, como antes lo había hecho Corina, desde las puntas de los inquietos pies hasta el rizado cabello, y se dijo que si hermosa era aquella voz, más hermoso era el cantante.

Animado por el gesto de complacencia de la joven, se acercó Henry a la goleta y, con su peculiar alegría, dió un manotazo en el agua para salpicar a la mestiza.

Ella respondió con una voz de protesta, pero él, en vez de amedrentarse, se acercó nadando al casco de la embarcación, se asió a una cuerda y comenzó a subir a pulso por ella.

La muchacha vió en esta intención algo espantoso, pues hizo todo lo posible para evitar que Hen-

ry subiera al barco. Movi6 la cuerda, le suplicó que desistiera de su propósito, le arrojó un cubo de agua; pero todo fué inútil. Las manos de Henry se asían ya a la borda y la joven echó a correr, al comprender que el primer acto del visitante sería la venganza por todo lo que le había hecho para evitar que subiera al barco.

Agilmente, saltó la borda el nadador y echó a correr por la cubierta en persecución de la muchacha.

Si rápido era Henry, más lo era la joven mestiza, la cual, no sólo corría, sino que saltaba con tremendos saltos las escotillas, los rollos de amarras y todo cuanto se oponía a su carrera.

Pero al fin, cometió la torpeza de meterse en el castillo de popa, y, al tratar de regresar, vió que tenía cortada la retirada.

Con el terror reflejado en el semblante, esperó al joven mestizo, pero cuando creía que éste la emprendería a golpes con ella o la haría objeto de cualquier otra crueldad, vió que se contentaba con darle un fuerte tirón del cabe-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

llo, echando después a correr como si temiera una réplica parecida.

En efecto, aunque la joven se dió por satisfecha con la menguada venganza del desconocido, fué tal el dolor que el tirón le produjo, que echó a correr detrás de Henry hasta alcanzarle y someterlo a la pena del talión, es decir, que, con su menuda y morena mano, dió un tan fuerte tirón del rizado cabello de él, que Henry vaciló y estuvo a punto de caer cuan largo era.

Entonces se dió cuenta la muchacha de que el joven tenía ganas de jugar, pues reía de muy buena gana y trató de volver a tirarle del cabello, cosa que ella impidió, esquivando fácilmente la mano vengativa.

Se sentó sobre una escotilla y vió con terror que el joven, sin cesar de mirarla y de reír, se acercaba a ella y se sentaba a su lado.

—Tu canción es muy linda, pero tu cara lo es más aún, bella mestiza.

Ella estuvo a punto de replicar que una opinión parecida había

formado respecto a él, pero se contuvo y le volvió la cabeza despreciativamente.

El, entonces, que no sabía resistir los impulsos de su ingenuo corazón, comenzó a cantar inspirado por la belleza de la muchacha y entonces sí que no pudo ella seguir disimulando la grata impresión que el visitante le había producido.

Aquella voz gruesa, dulce y bien timbrada le llegaba, muy a pesar suyo, al fondo del alma y se volvió y quedó fija, como fascinada, en la brillante mirada de Henry, respirando aquel aliento que brotaba de sus labios mezclado con las hermosas melodías de su voz.

Por un momento estuvo a merced del cantante. Este había acercado su rostro al de ella y hubiera sido difícil a la joven evitar el abrazo o el beso.

Pero no era esto lo que Henry pretendía. Le bastaba con charlar, y jugar con aquella muchacha, cuya hermosura le había cautivado, para sentirse feliz.

Cuando terminó de cantar, ella reaccionó y le dijo:

—Vete. Mister Slater detesta a los indígenas.

—Yo no soy indígena del todo, pero ojalá lo fuera. ¿Quién es ese Mister Slater que tiene tan mal genio?

—Mister Slater es muy bueno, pero se enfada fácilmente.

—¿Eres hija suya?

—No, me tiene recogida desde hace mucho tiempo.

Henry quedó un momento contemplándola. Después, sin darse cuenta, en un movimiento producido por su admiración, alargó la mano y le acarició el cabello.

—¿Por qué has venido aquí?— preguntó la joven no pudiendo sustraerse al agrado que le producía aquella caricia.

—Porque me has llamado con tu voz. A mí me gusta mucho el canto y la música. ¿Y a ti?

—A mí también. La música es el único consuelo en mi vida, mi único amigo. Días y noches enteros me paso cantando tendida en el puente o en el castillo de popa. El mar me gusta también mucho. ¿Y a ti?

—A mí también. Todo lo que

es naturaleza me gusta. Me paso horas enteras en el agua y días enteros en el bosque. Lo demás no tiene interés para mí... Acaso si tuviera una amiga como tú, habría algo que me gustaría más que la naturaleza... ¿Cómo te llamas?

—Mister Slater me llama Tita.

—Yo me llamo Henry. ¿Quieres que seamos amigos?

—Mister Slater no querrá.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Detesta a los indígenas.

—Pero yo no soy indígena.

—Lo pareces por tu modo de vestir.

—¿Acaso tú no vistes igual que yo?

—Es que yo también prefiero la vida del nativo a la del hombre civilizado. Yo también soy mestiza y, como tú, quisiera que no se hubiera mezclado en mi sangre la sangre de los blancos. Esta es la verdad, Henry, y también es verdad que quisiera ser tu amiga. Pero debemos abstenernos. ¡Si mister Slater me oyera!

—Sin embargo, mister Slater

tiene su negocio entre los indígenas.

—Sólo los quiere para eso: para comerciar. En cuanto a mí su sueño sería que fuera de su misma raza.

—Parece que esta situación te apena.

—Me apena porque yo quiero a mister Slater y quiero al mismo tiempo a los nativos.

—¡Qué lástima! ¡No podemos ser amigos! ¡Me gustaría tanto jugar contigo por el bosque!

—Y a mí también—repuso ella ingenuamente. Pero no puede ser, no puede ser.

—Hagámoslo sin que lo vea mister Slater.

—¡No, no! Se enfadaría.

En este tono inocente siguió la conversación durante cerca de una hora. No se daban cuenta de que pasaba el tiempo. ¡Estaban tan absortos el uno en el otro! ¡Se sentían tan compenetrados, tan iguales de sentimientos y de ideas!

De pronto, ella tuvo un gesto de horror y desprendió sus manos de las de Henry, el cual las sostenía y las acariciaba.

Henry se volvió y vió ante él un hombre blanco que le miraba fijamente y con semblante hostil.

No sabía quien era, pero dedujo que se trataba del tal mister Slater.

Lejos de inquietarse, se levantó y se fué hacia él con la mano tendida.

—Pasaba por aquí casualmente y he venido a saludarte.

Por toda respuesta, mister Slater le dió un fuerte bastonazo al que trató de añadir un puntapié. Pero Henry, de cuya agilidad ya tenemos noticias, evitó el pie mediante un salto y se fué más que de prisa a lo largo de la cubierta, rascándose con una mano la parte en que había recibido el golpe y sin cesar de mirar a mister Slater con ojos de niño asustado.

El negociante consiguió llegar hasta muy cerca de él y de nuevo lanzó el pie contra la parte trasera del exiguo pantalón de Henry.

Y esta vez, no sólo pudo el joven evitar el golpe, sino que cogió a mister Slater por el tobillo y lo hizo caer cuan largo era.

E L P A G A N O D E T A H I T I

Inmediatamente, Henry saltó a la borda y de allí al mar, en tanto todos los tripulantes de mister Slater, armándose con cuantos utensilios agresivos hallaron a mano, acudieron dispuestos a que el muchacho pagara cara su diablura. El propio mister Slater, tenía en la mano un trozo de hierro que pensaba arrojar contra la cabeza del mestizo.

Fue inútil que Tita se interpusiera y suplicara que le dejaran marchar sin hacerle daño, nadie se resignaba a renunciar al placer de abrirle la cabeza a un semejante.

Pero he aquí que Henry no salía a flote.

Pasó un minuto y el nadador no aparecía.

—Sin duda, debe haberle hecho una visita algún tiburón—dijo uno de los tripulantes.

Este y otros comentarios estaban haciendo sobre la suerte que pudiera haber corrido el muchacho, cuando, de pronto, se oyó un grito a lo lejos.

Era Henry, el cual, después de haber pasado por debajo de la goleta, había ido buceando hasta cincuenta metros más allá de la embarcación.

Henry les saludaba alegre y burlescamente, lo cual acrecentó el odio que mister Slater profesaba a los indígenas.

IV

Cuando Henry había desaparecido de vista, mister Slater se encaró con la muchacha para reprenderla por la desobediencia que había demostrado al tratar con los indígenas que él tanto detestaba.

—No ha sido mía la culpa mister Slater—se disculpó la joven—. ¡Es tan bella su voz!

Y como para decir esto se había abrazado a él en un gesto filial, mister Slater la miró de un modo que hubiera sido una revelación para cualquier mujer menos inocente que Tita.

En aquel momento no pudo menos de ser benévolo y dulce con ella.

—Ya sabes que lo hago por tu bien, Tita. Tú naciste casi blanca, pero yo quiero hacer de ti una verdadera mujer blanca.

—Gracias, mister Slater. Es usted muy bueno.

Sin embargo, desde aquel momento Tita se sintió menos ligada a mister Slater que hasta entonces lo había estado, pues un nuevo afecto había echado las primeras raíces en su corazón.

Por la tarde, a la hora de la lección, cuando mister Slater bajó al camarote para hacerla leer, únicamente los ojos de Tita estuvieron atentos a las páginas del libro, en tanto su pensamiento vagaba muy lejos, por regiones ideales en cuyo primer plano se destacaba el rostro inolvidable del joven mestizo de carne blanca.

Por la noche, en aquellas horas tan propicias a los ensueños, le pareció oír la dulce y abaritonada voz mezclada al susurro del mar

y, dormida o despierta, tuvo presente el semblante del nuevo amigo, tan infantil, tan noble, tan hermoso...

No se daba clara cuenta de lo que sucedía en su alma, pero sabía que aquellas sensaciones nuevas en ella se relacionaban íntimamente con el cantante de cabello rizado.

A la mañana siguiente, mañana de domingo, mister Slater la despertó más temprano que de costumbre.

Las primeras luces de la aurora tendían sobre el mar y sobre la isla sus finas e impalpables gasas y de la iglesia del pueblo llegaba hasta la goleta la voz de bronce de la campana del templo.

Tita se vistió a la europea. Un largo traje de percal, un estrecho sombrerito de paja, unas medias grises y unos zapatos de gruesa suela.

Toda la belleza de la joven quedaba diluida entre aquellas galas que le daban un aspecto irrisorio. Su cuerpo no estaba hecho para los vestidos de la civilización. Eso se quedaba para las damas blancas de carnes, de alfeñique. Ella era

una flor de la naturaleza, y de un modo también natural había de vestirse. Esto no lo ignoraba Tita, pero callaba por no disgustar a mister Slater.

Se dirigieron en un bote a la playa, llegaron por atajos conocidos a la pequeña iglesia a la que comenzaban a acudir grupos de fieles.

La iglesia tenía una única sala y ésta estaba llena de bancos en los que no quedó ni un asiento vacío.

Predominaban los mestizos, pero había también algún que otro indígena, todos vestidos y calzados al estilo europeo, lo que evidentemente representaba para ellos una tortura.

La misa se escuchó sin gran trabajo, pero a la hora del sermón, el cansancio comenzó a dejarse sentir.

Uno de los indígenas de pura sangre, aprovechando la circunstancia de que el sacerdote pronunciaba un párrafo inspiradísimo, se quitó los zapatos y otro se desabrochó los pantalones, y no faltó quien, protegido por la penumbra

de un rincón, se quedara profundamente dormido.

Mister Slater era uno de los que demostraba mayor atención a las palabras del cura. Le miraba fijamente y hacía gestos de asentimiento con la cabeza.

Algo muy distinto sucedía a Tita. Había a su lado una ventana, y como ésta estaba abierta, se veía por ella el cielo cada vez más azul de la mañana y el paisaje conmovedor de la naturaleza al despertar. La atención de Tita estaba en el exterior del templo, en las copas de las grandes palmeras, en el bosque de cocoteros, en el azul purísimo del espacio.

Dándose cuenta de ello, mister Slater la golpeó disimuladamente con el codo y Tita puso la vista en el sacerdote, si bien su atención continuó muy lejos de allí.

De pronto, dió el sacerdote por terminada la misa y los fieles salieron apresuradamente del templo, con un afán muy semejante al

que se advierte en los niños cuando salen del colegio.

Los últimos en salir fueron mister Slater, el cura y Tita.

—¿Me deja usted que vaya a dar una vuelta por el campo?— preguntó la muchacha a mister Slater.

—Sí. Puedes ir mientras yo me ocupo de ciertos quehaceres, pero dentro de una hora quiero que estés en la playa, donde nos reuniremos para volver al barco.

Tita, con la alegría del pájaro recién salido de la jaula, se dirigió al bosque en rauda carrera, en tanto el cura preguntaba a mister Slater:

—¿Es hija suya?

—No—repuso mister Slater con forzada dulzura—. Es una huérfana a la que tengo recogida y a la que, como buen cristiano, doy el mismo trato que si fuera una hija.

Y al decir esto, las duras facciones de mister Slater adquirían una expresión de beatitud en él desconocida.



Oyó una llamada y se volvió. Era Henry, el cual, al verla, había demostrado una actividad para acudir a su lado, impropia de él.

—¡Tita! ¿De dónde vienes tan temprano?

La pregunta había sido ilusionada y alegre. Sin embargo, Tita la recibió con un gesto lleno de gravedad y hasta se diría que de hostilidad.

Henry no podía explicarse aquel cambio.

—¿Qué te pasa, Tita? ¿Estás enfadada conmigo?

—Mister Slater me ha prohibido terminantemente que hable con los indígenas.

—Te he dicho muchas veces que soy mestizo como tú.

—Pero yo me visto como las mujeres blancas.

Henry retrocedió para contemplarla. No había reparado en el detalle de que Tita se había vestido de gala aquel día.

Cuando concluyó de examinarla lanzó una carcajada burlona.

—¿Qué fea estás así, Tita! Estás así tan rara, como hermosa cuando vistes como los nativos.

—Eres un pecador despreciable.

—¿Por qué? ¿porque te llamo fea?

—No, por otra cosa.

El semblante de Tita era rígido y austero.

—¿Por qué, Tita?

—Hoy es domingo—repuso la joven—. ¿Por qué no has ido a la iglesia?

—¡Bah! La iglesia está siempre llena. No me necesitan a mí para nada. ¿Acaso vas tú porque te necesitan?

—No, yo voy porque Dios está en la iglesia.

—Dios... Dios...—dijo Henry con entusiasmo, al mismo tiempo que paseaba la mirada en torno suyo—. Ese Dios ¿es el mismo que está en los cielos y en los campos?

—Dios no hay más que uno y está en todas partes.

—Entonces, ¿para qué molestarme en ir a la iglesia si lo tengo aquí y aquí lo puedo adorar?

—Eres muy malo y no quiero ser amiga tuya.

—Estás equivocada. Yo no soy malo.

—Míster Slater, que sabe mucho de todas estas cosas, dice que

eres muy malo y que debo ir a la iglesia. Además, me ha asegurado que no podré ser nunca una mujer digna si hablo con los nativos como tú.

Y, aunque con profundo dolor de corazón, le volvió la espalda y se alejó de él.

Era preciso obedecer a míster Slater aunque sus sentimientos le dictaran lo contrario.



Henry la miraba alejarse riendo burlonamente. ¡Tan hermosa como era Tita y tan horrible como estaba con aquel vestido de espantapájaros!

Ella se volvía de trecho en trecho como invitándole a seguirla y Henry, que lo comprendió, echó a correr tras ella, profiriendo alegres gritos.

Tita se dió a la fuga. Pero si bien el día anterior había demostrado ser más ágil que Henry, entonces, los duros y pesados zapatos de la indumentaria de gala, le

impedían desplegar sus cualidades de corredora.

Henry la alcanzó fácilmente y, cogiéndole la copa del sombrerito de paja con una mano le imprimió un acelerado movimiento giratorio.

—¡Déjame! No quiero jugar contigo. ¡Eres muy malo!

Y como Henry insistiera en sus bromas, ella, reparando en que detrás de él había una charca, le dió un empujón y lo hizo caer en el agua cenagosa.

Después echó a correr, pero se

detuvo al oír que el mestizo lanzaba gemidos lastimeros.

Se volvió y vió que se sostenía un pie con ambas manos. Sin duda se había herido con algo que habría en el fondo de la charca.

Su corazón bondadoso le hizo olvidarse de los consejos de mister Slater y volvió en auxilio del mestizo.

—¿Qué te ha sucedido?

—Me he herido en un pie. Tengo un dedo destrozado.

—Sal, sal en seguida.

Y le tendía las manos para ayudarle a salir.

Al punto se asió Henry a ellas, pero no para salir de la charca, sino para tirar del cuerpo de la muchacha y hacerla caer en sus brazos.

Todo había sido un ardid.

Tita quedó con los pies en el borde de la charca, los hombros en las manos de Henry y el cuerpo horizontal a cuatro dedos de la superficie del agua.

—¿Soy malo?

—Sí.

Henry abatió un poco los bra-

zos e hizo que la parte media del cuerpo de Tita se sumergiera en el agua.

La joven dió un grito, no sólo por el frío de la inmersión, sino por el espanto que le producía el mojarse y mancharse el vestido de gala.

—¿Soy malo todavía?

—No, no eres malo.

Los robustos brazos de Henry levantaron con facilidad el ligero cuerpo de la joven y ya casi había recobrado ésta su posición vertical, cuando, creyéndose libre, vociferó:

—Sí, eres muy malo.

Pero Henry no estaba resuelto a transigir y, bajando los brazos que todavía servían de apoyo al cuerpo de Tita, la volvió a sumergir en el agua cenagosa y esta vez la mantuvo en ella el rato necesario para que la muchacha se diera cuenta de que había que obedecerle.

—No eres malo, no eres malo.

Y esta vez no cesó de repetir estas palabras ni siquiera cuando se vió completamente libre de las manos de Henry.

Este había salido ya de la charca y se mostraba muy gozoso del dulce tono en que le hablaba Tita.

—¿Verdad que no soy malo?

—No, Henry. Eres muy bueno, esta es la verdad, a pesar de lo que diga mister Slater. Me gustaría mucho estar aquí contigo y corretear por estos bosques y quitarme este vestido de espanta pájaros, pero mister Slater no me lo permite.

Y había en su voz un tono tan lastimero, que la sonrisa que inva-

riablemente campeaba en los labios de Henry, desapareció.

—No te pongas triste, Tita. Yo hablaré con mister Slater y estoy seguro de que me comprenderá y cambiará de opinión.

—Me he de marchar ya, Henry. Mister Slater me estará esperando en la playa, para ir a la goleta. Adiós, adiós, amigo mío.

Y, rápidamente, como si temiera traicionar a su voluntad, se alejó de Henry. Y en su rauda carrera, no volvió la cabeza una sola vez.

V

El día del lunes lo dedicó mister Slater a los negocios.

De buena mañana, ya estaba en el pueblo con Tita, dispuesto a encontrar a aquel mister Shoemith que tan caro de ver se hacía.

Se dirigieron a aquella tienda donde se hacía todo menos comerciar, y ya iban a cruzar el umbral, cuando Henry les salió al encuentro.

—¡Oh! ¡cuánto me alegro de verles!

Y tendía la mano a Tita en un ademán lleno de jovialidad y de gozo.

Tita iba a tomar aquella mano, guiándose por los impulsos de su corazón, pero el bastón de mister Slater se interpuso, golpeando después a Henry en una pierna.

—Como te vuelva a ver delante de mí, te acordarás para siempre.

Y cogiendo a Tita de un brazo y volviendo al mestizo la espalda, entraron en la tienda, seguidos de Henry, el cual se quedó en el umbral con el rostro resplandeciente de aquel gozo que le producía la presencia de Tita.

Mister Slater, se dirigió al criado indígena con el que hacía dos días había hablado, y le preguntó:

—¿Está en casa mister Shoemith?

El criado se le quedó mirando con perplejidad. Aquel caballero debía de estar loco. Acababa de dar un bastonazo a su amo y ahora entraba en la tienda preguntando por él.

—¿Dí, estúpido! ¿Puedo ver a tu amo?

—Lo ha visto usted ya.

—¿Qué dices, necio?

—Que acaba usted de ver a mister Shoemith.

Por toda respuesta, el negociante dió un bastonazo al criado, al mismo tiempo que exclamaba:

—¿Burlarse de mí un indigena? ¡Ve inmediatamente a decir a tu amo que estoy aquí!

El criado levantó la mano trabajosamente y señaló a Henry, el cual continuaba apoyado en el quicio de la puerta.

No es para ser dicha la expresión de desconcierto y asombro que adquirió el semblante de mister Slater, al mismo tiempo que una profunda alegría animaba el rostro de la muchacha.

—¿De veras es usted mister Shoemith?

—De veras—repuso Henry alegremente, gozoso de aquella circunstancia que le iba a hacer entablar amistad con mister Slater, y sin pizca de rencor.

El negociante avanzó hacia el joven con la mano tendida, y un gesto de reverencia y de humildad en el semblante.

—Discúlpeme si no le he tratado como usted se merece, mister

Shoemith, pero no sabía quién era usted y temí que viniera con malas intenciones respecto a Tita.

—Está usted disculpado mister Slater. Yo me alegro mucho de ser amigo suyo.

Y le estrechó efusivamente la mano y después se quedó mirando a Tita con aquella expresión de infantil jovialidad que animaba de continuo su rostro.

—De nuevo he de pedir a usted que me disculpe. Se me había olvidado presentarle a mi hija adoptiva.

—Preséntemela usted ahora y todo arreglado.

Mister Slater hizo la presentación y las manos de los jóvenes se estrecharon tan fuertemente, que semejaban no poder desenlazarse, por lo cual mister Slater torció el gesto y se interpuso entre ambos con la excusa de coger a Henry del brazo para comenzar a tratar los asuntos que le interesaban.

—Deseo hablar con usted de algo muy importante, amigo Henry.

—Muy bien. Hablemos. Vengan conmigo. Les llevaré a mi casa.

Y dando la vuelta al pequeño edificio de madera, les hizo entrar en su vivienda.

Tita quedó muy agradablemente sorprendida, al ver el buen gusto con que la casa de Henry estaba arreglada. El piano, los cojines de seda, los muebles, los objetos decorativos y las flores le produjeron la impresión de que se hallaba en un palacio. Mister Slater tenía mucho dinero, pero no se preocupaba del arreglo de sus habitaciones, las cuales además tenían la estrechez propia de los camarotes de una goleta.

—Síéntense ustedes. Aquí podremos hablar muy bien y muy largamente.

Se veía por el tono de su voz y por la expresión de su rostro que muy a gusto habría estado toda la mañana de negocios con tal de estar cerca de Tita.

—¿Cuántas flores tiene usted aquí, mister Shoemith!—exclamó la muchacha sin atreverse a tutear a Henry, ahora que sabía que era un hombre tan importante.

—Tengo también un piano. Si quiere usted tocaré.

Y ya se levantaba dispuesto a darles un concierto, cuando mister Slater le detuvo cogiéndolo de un brazo.

—Amigo mío, tiene usted una magnífica plantación de cocoteros.

Y extendía el brazo señalando la inmensidad del bosque que se veía a través del abierto ventanal.

—Ya lo creo. Los tengo a millares. Casi todos los de la isla me pertenecen.

Pero en seguida continuó su interrumpida charla con Tita.

—A mí me gusta mucho la música. ¿Y a usted?

—A mí también. ¿Sabe usted cantar?

—Tengo mucha afición. ¿Y usted?

—Yo también.

Y mientras cruzaban estas palabras, se miraban entusiasmados y prescindiendo completamente de mister Slater, en cuyo semblante se veía bien claro lo mucho que le desagradaba aquel sincero y apasionado flirt.

Para interrumpirlo y de paso para no perder el tiempo, manifestó al joven mestizo.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Necesito hacer copra, mucha copra.

—Me parece muy bien, mister Slater.

—Si nos entendiésemos en el precio, le compraría toda la cosecha de cocos.

—¡Bah! no hace falta que nos entendamos en el precio. ¿Necesita usted cocos?

—Sí.

—Pues coja todos los que quiera.

—¿Gratis?

—Como usted quiera. Gratis o no gratis, los cogé usted, se los lleva y asunto concluido.

—¿Y no tendré que pagarle nada?

—¿Para qué? No necesito dinero.

—¡Es usted muy generoso, mister Shoemith!—exclamó el comerciante poniéndose en pie y estrechando efusivamente la mano del magnánimo mestizo—. Si usted me lo permite, voy a extender el contrato.

—Sí, señor, sí; haga usted lo que quiera.

Mister Slater se dirigió al es-

critorio, siguiendo las indicaciones de Henry y redactó el contrato minuciosamente.

Al quedar solos los dos jóvenes, se apresuraron a aprovechar la circunstancia que se les ofrecía, para hablar de aquellas cosas que tanto les agradaba.

—¿Quién me había de decir que era usted un hombre tan importante?

—¿Por qué me hablas de usted, si ahora no está mister Slater delante?

—Es que ahora sé que es usted un poderoso señor y antes creía que era un simple esclavo.

—No te importe. Yo quiero que me hables de tú, que me hables como siempre. Si la riqueza ha de servirme para enfriar nuestra amistad, no quiero ser rico. ¿No te gustaría que fuéramos los dos pobres y que viviéramos como verdaderos indígenas.

—¿Los dos en una misma casa?

—¡Naturalmente! Los dos en una casita que yo mismo construiría en medio del bosque.

—Pero, para eso, habríamos de casarnos.

—Bueno. Nos casaríamos.

—Entonces, sí que me gustaría.

—¿Quieres que se lo digamos a mister Slater?

—¡No, no!—exclamó Tita con un horror instintivo—. Se pondría furioso.

En este momento reapareció mister Slater, con el contrato ya redactado, y al ver el coloquio en que se habían enzarzado los jóvenes aprovechando su ausencia, dijo a Tita:

—Despídete del señor y vete en seguida al barco a estudiar la lección que has de pasar esta tarde.

Tita tendió la mano a Henry, no ocultando la tristeza que le producía la separación y otra vez el saludo se prolongó tanto, que mister Slater hubo de interrumpirlo.

—Vete a la goleta, Tita, y lleva mucho cuidado en no caerte al agua como ayer.

Y cuando se quedaron solos Henry y mister Slater éste entre-

gó aquel contrato y el mestizo lo leyó.

Por la presente declaro conceder a mister Slater todos los derechos para utilizar los cocos de mis propiedades, para la fabricación de copra.

—¡Muy bien, mister Slater! Hace usted muy bien los contratos. Tenga y guárdelo. Lleve mucho cuidado, porque sería una lástima que se perdiera.

—Ha de firmarlo usted.

—¡Magnífico! A mí me gusta mucho firmar.

Y se dirigió al escritorio entusiasmado y puso una complicada firma al pie del contrato redactado por mister Slater.

Cuando el negociante vió la firma comprometedora, dejó de esforzarse por aparecer afable a los ojos de mister Shoemith.

De un sólo plumazo, el mestizo le había entregado toda su inmensa plantación de cocos.

VI

La pulpa del coco, después de secada al sol, se convierte en copra y a conseguir esto se reducía el trabajo de mister Slater.

Rápidamente, con una rapidez afanosa y usuraria, había levantado una espaciosa casa de madera en medio del bosque de cocoteros y había instalado cerca de ella inmensos secaderos y había reclutado centenares de indígenas que pagaba miserablemente.

Desde que el sol salía hasta que se ponía, el ejército de esclavos no cesaba de subir y bajar por los cocoteros sembrando el suelo con su fruto.

Era admirable la facilidad con que aquellos hombres subían a lo alto de los árboles. Un hombre blanco no lo habría hecho más rápidamente por una escalera.

Con aquella lluvia de cocos que

incesantemente caía de lo alto de los cocoteros, había trabajo para un segundo ejército de hombres y mujeres los cuales no tenían más misión, que partir el fruto y extraer su pulpa.

Un tercer núcleo de obreros la llevaban a los secaderos y la preparaban allí convenientemente.

Cuando la pulpa ya estaba seca, es decir, cuando ya se había convertido en copra, se guardaba en sacos y se conducía a la goleta.

Henry había descubierto ciertos inconvenientes que antes no advirtiera, a los trabajos de mister Slater.

No podía tumbarse al sol como de costumbre ni corretear libremente por sus inmensas propiedades, ni tener un minuto de sosiego.

Cuando menos lo esperaba, un coco que caía ruidosamente a su

lado desde la alta copa del cocotero, le anunciaba que aquel era un lugar peligroso y habla de darse a la fuga entre una terrible y amenazadora lluvia del exquisito pero pesado fruto.

El ruido, el trajin de los numerosos obreros de mister Slater era el segundo gran inconveniente. Aquellos parajes antes apacibles se habían convertido ahora en un infierno, merced al espíritu mercantil de mister Slater. Sin embargo, en vez de enfadarse, él mismo indicaba a los indígenas los cocoteros a los que debían subir.

En el único lado que podía estar tranquilo era en el mar y a él

concluía por dirigirse Henry, después de buscar en vano un lugar donde tumbarse para cantar y tomar el sol.

Invariablemente, se dirigía a nado hacia la goleta y llamaba a Tita con sus cantos.

Pero Tita no estaba casi nunca en la goleta. Ahora solía estar recluida en la casa que mister Slater había levantado en medio del bosque de cocoteros y allí era difícil hablar con ella porque su padre adoptivo estaba cerca y lo impedía.

Y éste era el mayor inconveniente que Henry encontraba al mercantilismo de mister Slater.

* * *

No obstante, una mañana logró entrevistarse con ella en el bosque de cocoteros, pero he aquí que cuando más intensa era entre ambos la corriente pasional, les sorprendió mister Slater.

Como de costumbre, envió a Tita al barco y no contento con eso, se encaró con mister Shoesmith, al

que volvió a mirar como un indígena, y le dijo:

—Que no te vuelva a ver con Tita. Te lo digo por tu bien.

Y había en su gesto una dureza que el sencillo corazón de Henry no comprendía ni interpretaba.

Otro menos generoso y sencillo que Henry habría visto en la ac-

titud de mister Slater una tremenda e incalificable ingratitud, pero él no creía haber hecho ningún favor al extranjero. Para él valía mucho menos una inmensa plantación de cocoteros que una hora de charla con una persona como Tita.

Por eso se limitó a contestar ingenuamente:

—Es que Tita me gusta mucho.

Mister Slater le dirigió una feroz mirada, una mirada con la que se leía el odio y los celos.

—Si a ti te gusta Tita, a mí no me gusta verla hablar con indígenas como tú, con paganos que no practican los deberes de la religión.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se había acercado a él y le miraba amenazadoramente.

En uno de sus ademanes, incluso le dió un empujón y le hizo caer.

Después le volvió la espalda despreciativamente.

No agradó a Henry el proceder de mister Slater y por primera vez en su vida perdió aquella placidez, aquella resignación y aquella alegría que le eran peculiares.

Se levantó de un salto y corrió en persecución de mister Slater.

Le alcanzó. Le cogió por un hombro y le hizo dar media vuelta con extraordinaria rapidez.

Al sentir en su hombro aquella mano de hierro, aquel brazo que le convertía en un frágil y manejable papel, mister Slater creyó que al volverse se encontraría con la figura descomunal de algún atlético indígena; y su asombro no tuvo límites al ver que quien tan fácilmente le había hecho girar sobre sus talones, a él que se consideraba como un hombre fuerte, era el joven Shoemith, el mestizo de infantil mirada y que se conducía en todo como un niño.

En los ojos del joven no brillaba la jovialidad de siempre, pero tampoco había una mirada que pudiera calificarse de furiosa. Era simplemente severa.

—No me gusta que me hable usted así, mister Slater. Yo seré un pagano si usted quiere, es decir, seré eso que usted llama al que vive en una feliz ignorancia como yo, pero no quiero que se enfade conmigo porque seamos diferentes.



Se sentó cerca de él y comenzó a tocar y a cantar.



Corina, que no le había oído nunca, le estuvo escuchando con asombro.



-Sí. Es la goleta de mister Slater, un comerciante blanco-



... indicaba a los indígenas los cocoteros...



Una mañana logró entrevistarse con ella en el bosque de cococeros.



...les sorprendió mister Slater.



...y le contó lo que mister Slater le había prometido.

...pero mister Slater volvió a usar de la fuerza para arrojarla de su lado.





...y cantaba canciones en las que el nombre de Corina no dejaba nunca de figurar.



...en lo alto de los rústicos embarcaderos.



De pronto vieron en el horizonte un barco.



- Está usted en deuda.



Nó se cansaban de mirarse y de amarse.



Cogió a Corina por una muñeca...



—Has faltado a tu juramen-
to de fidelidad.

—¡Pobre Tital, ¿Te ha hecho
duño ese loco?



Mister Slater quedó un momento confuso contemplando con asombro los bíceps del joven Shoemith.

De este examen sacó la consecuencia de que debía suavizar su actitud y sus palabras.

—Perdona mi arretrato, Henry —dijo—. Todo lo hago por Tita y sólo por Tita. La quiero como un padre y sólo deseo verla feliz.

—¿Cree usted que conmigo no lo sería? Somos muy buenos amigos.

—No, no sería feliz. Tú, si no eres un indígena, lo pareces por tu modo de pensar y de vivir. Una mujer no puede ser feliz en este infierno de salvajismo.

—Me parece que usted no está en lo cierto, mister Slater. ¿Quién le ha dicho a usted que esto es un infierno?

—Tú no puedes juzgarlo, porque no has salido jamás de aquí. Si conocieras el mundo civilizado estoy seguro de que pensarías de otro modo.

—¿Acaso los árboles, y el sol y el mar, y los pájaros del mundo civilizado son mejores que los de este mundo en que yo vivo?

Mister Slater tuvo una sonrisa de superioridad desdeñosa..

—Tú no puedes comprender. Sin embargo, te diré una cosa. Cambia de vida, trabaja en algo, y acaso cambie yo de modo de pensar, acaso me decida a no interponerme entre Tita y tú.

—¿Oh! ¿De veras haría usted eso?

Mister Slater sonreía finamente, con una de aquellas sutilísimas sonrisas que sólo podrían dejar entrever todo lo que había en ellas a los hombres avisados de la civilización.

—De veras podría hacerlo.

—¿Y qué debo hacer para conseguir eso tan grande?

—Ya te lo he dicho: trabajar.

—¡Oh! eso es muy fácil. Ahora mismo voy a empezar a dedicarme a coger cocos y a fabricar copra.

Mister Slater se sobresaltó.

—No me refiero a esa clase de trabajo.

—¿A cuál, pues?

Mister Slater le puso suavemente una mano sobre el hombro.

—Te voy a dar un consejo, un consejo de amigo. Pide un presta-

mo al Banco y pon una tienda, pero una verdadera tienda, no un cuchitril indigno como el que tienes.

—¿Y qué le parece a usted que venda?

—Tejidos, por ejemplo...

—Le aseguro a usted que le obedeceré. Esa es una magnífica idea.

Y Henry se dirigió alegremente en busca de Tita y le contó lo que mister Slater le había prometido.

VII

Se acercó Corina y se quedó mirando fijamente al comerciante blanco.

—Magnífico negocio, ¿verdad? Vas a ganar muchos miles de dólares sin exponer un céntimo. ¡Da gusto tratar con comerciantes como mister Shoemith!

¿A ti qué te importa lo que pueda haber entre mister Shoemith y yo?

—Me importaría como le importaría a cualquiera que tenga tan sólo un átomo de conciencia.

—¿Acaso tienes de eso tú? Aparta, no quiero ver a mi lado mujer de tu calaña.

—Entre las mujeres de mi calaña las hay que tienen más vergüenza que tú.

Era indudable que la razón asistía a Corina, pero la fuerza estaba de parte de mister Slater y le fué fácil terminar el enojoso diálogo mediante un empujón a causa del cual estuvo Corina a punto de rodar por el suelo.

* * *

Era curioso lo que había sucedido en el alma de aquella pobre muchacha, verdadera víctima de la ignorancia y de la fatalidad.

Ella que había rodado por escenarios del mundo de los blancos

donde tanto hombre se disputó su juventud y su belleza ofreciéndole a cambio de ella una vida fastuosa de gran dama, no había conseguido nunca enamorarse, aunque más de una vez se lo propuso, de nin-

guno de aquellos dandis, elegantes, acicalados y exquisitos.

Y he aquí que ahora, cuando ya en el declive de su vida había de recurrir a aquel mundo salvaje para poder seguir viviendo, veía a un mestizo sin distinción y sin exquisitez ninguna, un hombre que vivía como un indigena y que como un indigena pensaba, y se enamoraba de él hasta el punto de convertirse.

Henry no la quería, ni siquiera le agradecía su amor, y ella no se sentía herida en su orgullo ni iracunda al verse desdeñada, sino que consideraba muy razonable aquella indiferencia de Henry que era para ella como un castigo de Dios.

Ahora se daba cuenta de que era una mujer mala, de que no merecía la estimación ni la amistad de los buenos. El amor la había purificado y enloquecido y todo su

afán, su único anhelo era reunir el dinero suficiente para retirarse de aquella vida y esperar con resignación el momento culminante en que había de ser juzgada.

No había dejado de advertir la forma sospechosa en que Henry miraba a Tita, la virginal mestiza de cabello negro, y aunque lo que pudiera mediar entre los dos seminativos sólo era para su alma una sospecha, la desventurada sufría profundamente al imaginar tan sólo que sobre el dolor que le producía el desamor de Henry, había de presenciar como otra mujer se lo arrebataba.

¡Cuán vana y cuán profunda era aquella tragedia silenciosa! A buen seguro que en el momento definitivo de la muerte, este sufrimiento tan hermosamente sobrellevado disminuiría el castigo que por sus delitos se le impusieran.

• • •

Un día la goleta recibió el último saco de copra que podía contener y mister Slater condujo a la goleta a Tita, después de cerrar la

casa a piedra y lodo. Corina, único testigo de estos sucesos, corrió en pos de mister Slater para reprocharle por última vez su innoble

conducta, a la que ahora añadía la descortesía de marcharse sin saludar a Henry, pero mister Slater volvió a usar de la fuerza para arrojarla de su lado.

Tita no sabía que mister Slater había resuelto partir. Por eso, cuando vió que su protector, al llegar a la goleta, daba la orden de desplegar las velas y de levar anclas, mil ideas confusas la asaltaron repentinamente y sobre todas ellas descolló una, amarga y cruel.

Corrió hacia mister Slater y le preguntó, con ojos dilatados por el asombro:

—¿Es que nos vamos?

—Sí.

—¿Sin despedirnos de Henry?

—No tenemos necesidad ninguna de hacerlo.

—Me parece que esto no está bien, mister Slater. Henry ha sido muy bueno con nosotros.

—Contigo, especialmente, ha sido extraordinariamente bueno. Es una bondad que ha puesto tu felicidad en peligro. Da gracias a Dios de que yo haya estado a tu lado para guiarte y defenderte.

Pero esta vez las palabras de mister Slater no ejercieron ninguna influencia sobre el alma vehemente de Tita. Por primera vez en su vida se rebeló aquella criatura tan noble y sumisa siempre.

—¿Lo que usted ha hecho está muy mal!—exclamó sin poder contener las lágrimas.

Al verla llorar, un estremecimiento de celos y de rabia recorrió el corpachón de mister Slater.

Acercó sus crispadas manos al rostro de Tita y asió aquella cabeza con intenciones de aplastarla, pero otro sentimiento más fuerte se apoderó de él y las manos que iban a golpear acariciaron, en tanto su boca se acercaba atrevidamente, ávidamente a la de Tita, la cual comprendió al fin cuáles eran los verdaderos sentimientos de su padre adoptivo y quedó tan confusa y tan aterrada, que ni siquiera tuvo fuerzas para defenderse.

Sintió mister Slater como bajo sus callosas manos se enfriaba aquel rostro, y al mirarla y ver

que estaba tan blanca como la nieve, reaccionó y se separó instantáneamente de Tita, volviendo a adoptar la actitud del austero tutor.

—Vete a tu camarote—le dijo imperativamente.

Y ella obedeció al mismo tiempo que la goleta emprendía el camino del mundo civilizado.

* * *

Si grande había sido la sorpresa de Tita, mucho mayor lo fué la de Henry.

Aquella mañana no había oído el trañín de los obreros de mister Slater, y al mismo tiempo que complacencia sintió extrañeza por aquella anormalidad.

Al salir de su vivienda, advirtió que el bosque de cocoteros volvía a ser completamente suyo, que podía gozar de su sombra, que podía tumbarse tranquilamente al sol, seguro de que ningún coco lanzado desde lo alto de una copa pondría en peligro su vida.

También le sorprendió ver vacíos los secaderos de copra y herméticamente cerrada la casa que mister Slater se había hecho construir en medio del bosque.

Esto último, además de extrañarle, le impresionó desagradablemente y despertó su curiosidad.

¿Qué habría sido de Tita? ¿Qué habría sido de mister Slater? Y, como consecuencia, otra pregunta mucho más terrible surgió en su mente: ¿Qué habría sido de la goleta?

Inmediatamente, como si este pensamiento hubiera sido un resorte que hiciera funcionar todos sus miembros, echó a correr hacia la playa y vió lo que ya en su alma se había anticipado confusamente.

La goleta tenía las velas desplegadas y viraba con lentitud.

—¡Tita!

Había sido un grito doloroso, un trágico lamento que le desgarró el alma al brotar de los labios

—¡Tita!

Y al ver que la goleta se alejaba con majestuosa lentitud, se llevó las manos al pecho, pues sentía como si quisieran arrancarle el corazón y repitió en un sollozo:

—¡Tita!

Percibió la presencia de una persona a su lado, pero no se volvió.

Era Corina, Corina que le miraba con extraña ansiedad.

Después de contemplarle largamente, largamente, exclamó:

—¡Lloras por ella, lloras por ella! ¡Estás enamorado!

Y su corazón sufrió del mismo dolor que el de Henry, pero de un modo mucho más intenso.

VIII

Se enteró de que mister Slater había prometido volver y ello le consoló y le tranquilizó.

Desde entonces sólo vivió para Tita, para soñar en ella.

De día y de noche, dormido y despierto, la tenía presente. Sus ojos sombríos y su cabello de ébano o de palosanto le acompañaban a todas partes y en todo momento.

No había olvidado las palabras de mister Slater: "Cambia de vida. Trabaja en algo." Y se dijo que era preciso obedecerle para que Tita no se le escapara en su segundo viaje.

Fueron días de ilusión y de esperanza, de nostalgia y de amargura.

Descubrió que había algo sublime en el interior de cada cuerpo humano, algo muy superior a lo

que se veía y se tocaba, algo que era capaz de sentir aquello tan hermoso y tan profundo que él sentía, algo que no era la flor misma ni su aroma, que no era el mar sino su rumor, que no era la selva sino su palpitación vital...

Él tenía también un perfume, una emanación, algo intangible e inmaterial, de donde había nacido aquello tan hondo y glorioso que sentía.

Tenía razón el sacerdote al asegurar que en todo cuerpo había algo que no moría, algo muy superior a la carne, algo que llegaba a Dios cuando se abandonaba este mundo.

Recostado entre los cojines de su hamaca, hacía música y cantaba canciones en las que el nombre de Corina no dejaba nunca de figurar.

En sus sueños, se veía correteando por los bosques con ella, trepando a las colinas, nadando por la inmensidad del océano, persiguiendo a los negros cabellos que flotaban en la superficie, o charlando en las cimas de los árboles, en las cumbres de las montañas, en lo alto de las rústicas embarcaciones...

"Trabaja. Pon una tienda de tejidos."

Estas palabras de mister Slater no le abandonaban nunca tampoco, porque para él significaban la obtención de Tita y la seguridad de que jamás habría de separarse de ella.

"Pondré la tienda hoy mismo", se dijo una mañana. Y fué en busca de los obreros y carpinteros que se la habían de montar, pues la que ahora tenía no valía nada según la opinión de mister Slater y quería hacer una completamente nueva y mejor.

Pero los obreros y los carpinteros querían cobrar por adelantado parte de su trabajo y entonces se dió cuenta Henry de que aunque era un hombre rico no podía

disponer sino de un insignificante puñado de dólares. Siempre había vivido así. Cuando se le concluía el dinero, su criado se cuidaba de vender una partida de cocos y ya no volvían a pensar en los dólares.

Pero ahora no había cocos. Se los había llevado mister Slater.

Sin embargo, continuaba siendo el hombre más poderoso de la isla. Allí estaban las inmensas plantaciones, las cuales, según decían personas inteligentes y que entendían de negocios valían muchos miles de dólares.

"Pide dinero al banco y te lo prestarán."

Al recordar esta otra frase de mister Slater se dijo que estaba salvado.

Inmediatamente fué al Banco, y allí un empleado le arregló fácilmente las cosas a través de una ventanilla y en pocos momentos.

—Acepte usted estas letras pagaderas a mister Slater y puede usted disponer de todo el dinero de su cuenta corriente.

Henry quedó encantado. Aquel mister Slater era una maravilla.

Bastaba echar unas firmas para que le dieran unos cuantos miles de dólares. ¡Qué bien lo había arreglado todo el negociante extranjero!

Poso una preciosa firma en cada uno de aquellos papeles que el empleado llamaba letras y recibió un puñado de billetes.

Al punto se dirigió en busca de los obreros y de los carpinteros, los cuales, al ver los billetes, se mostraron muy serviciales y activos.

En pocos días estuvo la tienda

terminada y llena de género. El dinero se le había acabado pero no creía que eso tuviera importancia ninguna. Los hombres de negocios no cesan de pagar cosas. Había que ver los montones de monedas que mister Slater necesitaba todos los días, al final de la jornada, para pagar a los indígenas que abatían los cocos y los convertían en copra.

Estaba muy contento. Se había convertido en un hombre de negocios y mister Slater no le negaría la mano de Tita.

* * *

Acababa de entrar Corina en la tienda.

—¿Qué te parece, Corina? ¿Verdad que soy el comerciante más importante de la isla?

—Sin duda, Henry. Eres único en todo.

—¿Vienes a comprarme algo?

—No, Henry. Más adelante te haré algunas compras. Ahora no estoy para gastos.

—¡Qué tonta eres, Corina! Para comprar no hace falta dinero.

Tú eliges la tela que quieres, yo la mido y apunto la venta en el libro. Lo que apunto es lo que debes. Después se suman todas las deudas de una misma persona y se hace una factura.

—Yo no quiero deudas, Henry.

—Se ve que no entiendes de negocios.

Entraron en este momento tres damas de piel morena y Henry acudió solícitamente a recibirlas.

Les estrechó la mano a todas y

les regaló unas flores que campeaban sobre el mostrador en un florero,

—¿Qué desean ustedes? — les preguntó con alegre amabilidad.

—Una tela como esta, para hacer un bolso.

Henry miró la tela y aseguró que la tenía exactamente igual. Todo era cuestión de dar con ella.

En el estante más alto creyó ver el género que buscaba. Asomaba un pico de la pieza y hubiera jurado que era igual.

Dió un salto y cogió el pico y tiró de él.

La pieza, acompañada de otras dos, cayó sobre su cabeza y él depositó las tres sobre el mostrador, desarrollándolas casi completamente para ver si el dibujo era el mismo que el que buscaban las parroquianas.

Quiso la fatalidad que la tela no se pareciera lo más mínimo y tuvo Henry que bajar otras tres piezas por el mismo procedimiento del tirón.

Al depositar estas últimas sobre el mostrador, tropezó con una ma-

ceta y ésta fué rodando por el suelo.

—¡Qué lástima! — exclamó una de las clientas.

—¡Bah! — exclamó Henry jovialmente—. Tengo dentro otras. No se preocupen ustedes.

En pocos minutos el mostrador quedó convertido en una especie de montaña rusa con flecos. Más de veinte piezas esperaban sobre él la comparación.

Al fin hallaron un género igual y entonces preguntó Henry cómo había de ser de grande el trozo que tenía que cortar.

—Una cosa así—dijo la mestiza de más edad mostrándole su bolso.

Henry aplicó una punta de la pieza sobre el bolso, formó una especie de muñón con el trozo que había de cortar y aplicó las tijeras.

Torciendo la boca y utilizando las dos manos para apretar consiguió cortar el pedazo, dejando en medio de la pieza un gran boquete circular.

Las clientas sonreían satisfechas.

—¿Cuánto le debemos?

—Unos cinco centavos.

—Perfectamente. Apúntelo en mi cuenta.

—Con mucho gusto.

Y acompañó a las parroquianas a la puerta, donde les estrechó la mano afablemente.

—Gracias por la visita.

—De nada. Ya sabe que nosotros se lo compramos todo a usted.

Cuando Henry volvió al lado del mostrador, advirtió que Corina le miraba fija y austeramente.

—Si sigues así, pronto tendrás que cerrar la tienda.

—¿Por qué?

—Porque nadie te paga y sin cobrar es imposible sostener ningún negocio.

—Cobrar... cobrar... ¿Qué inocente eres, Corina! ¿Para qué quiero cobrar si lo apunto en el libro?

—Cuando tengas que comprar más género no te servirá el libro para nada.

—Pediré más dinero al Banco.

—Te están engañando, Henry. Te van a dejar más pobre que las ratas.

—Es el negocio, Corina. No puedo hacer otra cosa. Si quisiera

cobrarles al contado no vendrían a comprarme y una tienda sin clientes no sirve para nada.

De pronto vieron en el horizonte un barco y los dos quedaron mudos de sorpresa.

Un velo de tristeza cubrió los ojos de Corina y una luz de gozo animó los de Henry.

—¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí!

—¿Quién?

—Tita; ¿no ves? Es su barco. Ya sabía yo que mister Slater no podía faltar.

—Naturalmente. Como le has dado todos los cocos de tu hacienda.

Pero Henry ya no la oía.

Había pasado a un cuarto inmediato y Corina oía desde allí el trajín infernal que producía yendo de un lado a otro y abriendo y cerrando cajones.

Corina esperaba aquel momento. Sabía que inevitablemente había de llegar. Y todos los días iba a la tienda de Henry y miraba con él hacia el mar, segura de que una u otra vez sus ojos se tropezarían con la blanca mancha de

las velas recortándose en el azul del firmamento.

Alguna vez había reprochado a su amigo la avidez con que miraba hacia el horizonte a través de los prismáticos.

Y él le respondía indefectiblemente:

—Si no fuera por esta esperanza, no podría vivir. Me parece que a fuerza de mirar voy a atraer a la goleta de mister Slater, donde está la única mujer a quien he amado en la vida.

Estas confesiones y otras semejantes, dichas con inocente ingenuidad, laceraban el corazón de la pobre Corina, la cual no por eso dejaba de mirar a Henry con ojos llenos de ternura.

De pronto apareció Henry en la puertecilla del cuarto por donde había desaparecido.

Ya no vestía el menguado traje

de indígena, sino uno blanco al estilo de la civilización que guardaba desde hacía mucho tiempo en sus baúles.

También llevaba zapatos y un sombrero de paja de mil colores que en los países civilizados hubiera resultado grotesco, pero que allí era lo más elegante que se conocía.

Se detuvo en medio de la tienda y dando una vuelta delante de Corina, le preguntó:

—¿Qué te parece?

—Si quieres que te diga la verdad estás horrible. ¿Por qué te has vestido así?

—Porque voy a visitar a mister Slater y quiero demostrarle que me he convertido en un hombre de importancia.

Y sin más comentarios, dió a su criado orden de que le siguiera, y salió de estampía, camino del embarcadero.

IX

Saltaron a una de sus barchas y comenzaron a remar vertiginosamente en dirección a la goleta.

Aun le separaban de ella más de cincuenta metros, cuando Henry advirtió que sobre cubierta estaba Tita, ella sola, sin la compañía de mister Slater.

También ella miraba con afán hacia la costa, en espera de ver aparecer a su amado.

De aquí que sus miradas se cruzaran y que ambos levantaran un brazo en señal de saludo.

Llegaron junto al casco de la goleta y Henry saltó felinamente a una cuerda que pendía de la borda y, asiéndose a ella, subió a cubierta con su agilidad característica.

Todo lo expuesto anteriormente, desde la aparición de la goleta en el mar hasta la llegada de Henry

al lado de Tita había sido realizado por el joven en poco más de cinco minutos.

La decisión, la energía y el entusiasmo, todo ello como consecuencia de su amor, habían sido la causa del milagro.

Y he aquí que ahora cuando ya se hallaba al lado de Tita, se quedó inmóvil, azorado y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¡Hola!

—¡Hola!

Esta palabra, pronunciada en el mismo tono que había empleado Henry, demostraba que el estado de ánimo de la joven era muy parecido al que ponía un freno al entusiasmo de su amado.

Ni siquiera se habían atrevido a darse las manos. Ni él ni ella podían creer en aquel felicísimo acon-

tecimiento del nuevo encuentro después de la separación.

Al ver que Tita no se fijaba en su traje, Henry le mostró el sombrero y los zapatos y dió una vuelta delante de ella, como había hecho momentos antes a los ojos de Corina.

Pero ella replicó con estas palabras a su pueril jactancia:

—He ido a la escuela de Tahiti y he aprendido muchas cosas.

—Pues yo soy un gran comerciante.

La infantil presunción de ambos acabó por romper el fuego y después de echarse a reír, los dos pusieron en sus ojos toda la emoción que sentían.

—Tita, las flores, los árboles, las aguas de los arroyos y el viento de la isla esperaban conmigo tu llegada.

—Nada de eso he olvidado durante mi ausencia, Henry.

—¿De veras te has acordado de mí?

—En todo momento. Sólo vivía con la esperanza de regresar.

—Lo sabía, Tita. De no ser por esta seguridad, no se lo que habría

sido de mí. Pero he preguntado a los árboles y a las flores, he preguntado a ese Dios que está en el espacio y en la tierra y en el mar y en todas las partes, y siempre he obtenido la misma respuesta. Tita volverá. ¡Qué feliz me sentía entonces! Y no sólo has estado con mi pensamiento, sino conmigo mismo. Todas las noches soñaba contigo y te veía como te estoy viendo ahora. ¡Qué hermosa libertad teníamos los dos durante estos sueños! Nadie nos impedía corretear por el bosque y deslizarnos sobre la superficie del mar y trepar a lo alto de las cuerdas. En todas partes, en todas partes éramos felices.

Tita le escuchaba cautívada. Jamás había escuchado palabras tan llenas de emoción y de dulzura. Lo que sentía desde que conociera a Henry triunfaba ahora en un magnífico florecimiento.

—¡Yo también, Henry, yo también he soñado contigo!

Entonces extendió él el brazo señalando a la isla y dijo en un tono en que había un algo de triunfo.

—Mira, Tita. Mi hacienda, mi

casa y mi tienda valen mucho dinero. Pues bien, todo eso será para ti. Todo eso será para ti si te casas conmigo.

Pero en esto una voz les obligó a volverse.

Era mister Slater, el cual les miraba con irónica fijeza.

Henry se dirigió hacia su enemigo con la mano tendida.

—Cuanto me alegro de verle, mister Slater.

Pero el comerciante blanco, en vez de estrechar la mano que el joven le tendía, le cogió de un brazo y le condujo a su camarote.

—He de hablar seriamente contigo.

—Hablabamos cuanto usted quiera, mister Slater. Y si es de negocios mejor. A mí me gusta mucho hablar de negocios.

Sin que mister Slater se lo ofreciera, Henry tomó asiento adoptando una postura de hombre formal e importante: una pierna sobre la otra, las manos enlazadas sobre el sombrero de mil colores y el torso muy erguido.

Mister Slater extrajo de su buró

un montón de papeles y sentándose frente a Henry, le dijo con una sonrisa burlona:

—Todo el dinero que te prestó el Banco era mío.

—Ya lo sé.

—Y sabrás también que no has reintegrado un solo céntimo. Estás en deuda y no has pagado.

—Eso no tiene importancia. También a mí me deben los clientes. Eso sucede a todo el mundo que se dedica a los negocios; cuando ellos me paguen a mí yo le pagaré a usted y asunto concluido.

—Estás equivocado, amiguito. Las letras han vencido y como no puedo cobrarme en dinero, me quedaré con todas tus propiedades. Esta es la ley.

—No comprende usted bien, mister Slater. La gente me debe a mí; yo lo apunto en un libro. Yo le debo a usted; pues apúntelo usted en su libro. Esto es la ley de los hombres blancos. Estoy muy bien enterado. En estos últimos tiempos he aprendido mucho para merecer a Tita.

En el calor de la discusión am-

bos se habían puesto en pie y Henry se dirigió a la escalerilla que conducía a cubierta y desde allí dijo por última vez a mister Slater, el cual seguía contemplándole con sorna:

—Créame. Apúntelo en el libro.

Al subir a cubierta, vió que Tita estaba junto a la escalera, esperándole.

—¿Qué sucedía? Me parecía oiros discutir.

—Sí. Discutíamos sobre algo de la ley que mister Slater no comprende.

—Haces mal en disgustar a mister Slater.

—Si no se ha disgustado. Hablábamos de negocios simplemente. Ahora nos toca a nosotros hablar de nuestras cosas. Por hoy ya he trabajado bastante. Quiero que me digas una cosa que nunca me has dicho, Tita: ¿Me amas?

Una vez más calló Tita la confesión sublime. Pero algo muy gra-

to debió leer Henry en sus ojos porque exclamó:

—¡Gracias, Tita, gracias!

Un violento empujón que una mano recia imprimió a su espalda hizo a Henry volver la cabeza y ver que el autor del atropello era mister Slater.

—¡Fuera de mi barco en seguida! ¡Fuera de mi barco!

Y varias veces repitió esta orden feroz haciendo saltar otras tantas a Henry.

—Ya me voy... al señor... me voy en seguida, pero volveré.

Y ya estaba a la parte exterior de la borda, pues mister Slater se había abalanzado amenazadoramente sobre él, cuando añadió:

—Volveré por Tita.

Inmediatamente y con toda la rapidez de que fué capaz, se deslizó por la cuerda, pero cuando llegó al bote en que su criado le esperaba pacientemente, había recibido un puñetazo que le había hecho trizas el sombrero.

X

Después, la emprendió mister Slater con Tita.

La condujo a su camarote y rodeándola fuertemente con sus brazos, cual si temiera perderla, exclamó:

—Cuando le mirabas había en tus ojos el fuego inconfundible del amor. Ya sabes que me he propuesto guardarte de estos miserables nativos. Te defenderé por encima de todo, aunque para ello haya que sacrificarme. Y eso es lo que voy a hacer, sacrificarme... sacrificarme casándome contigo.

Indescriptible fué el horror que se reflejó en los ojos de Tita. Hubiera confesado a mister Slater to-

da la verdad, le hubiera dicho que prefería casarse con Henry, a que él se sacrificara, pero no tuvo valor.

Además había algo que la hacía sufrir doblemente; veía que era falso el pretendido sacrificio de mister Slater, el cual, al casarse con ella, no haría sino satisfacer una codicia.

Bien claramente se veía en sus ojos, en sus dedos que se enclavaban en sus brazos hasta clavarle las uñas, en aquel gesto voraz y repulsivo de la boca.

Ella, en cambio, sí que tuvo que sacrificarse, sí que tuvo que callar y aceptar. Era débil. Tenía miedo.

* * *

Lo primero que hizo mister Slater fué posesionarse de la hacien-

da de Henry, el cual no sintió por ello mucha inquietud.

Como había sido arrojado de su propia casa, pues ésta formaba parte también de lo embargado por mister Slater, se construyó una choza al estilo primitivo en lo alto de una colina y allí comenzó a vivir sin más pena que la de no ver frecuentemente a Tita, la cual estaba prisionera en su camarote de la goleta.

Otra vez un ejército de indígenas al mando de mister Slater tomaron por asalto el bosque de cocoteros y los secaderos volvieron a llenarse de la blanca pulpa.

Corina odiaba cada vez más profundamente a aquel hombre de corazón cruel y lleno de todas las concupiscencias, que no contento con haber hecho grandes negocios gracias a la generosidad de Henry, se apoderaba de su hacienda y de su casa, con frecuencia iba a visitar a Henry, para incitarle a defenderse, pero él contestaba siempre lo mismo.

—No te preocupes. Cuando la gente me pague, yo pagaré a mister Slater y él me devolverá la hacienda y la casa.

—¿Qué inocente eres, Henry!

Mister Slater no te devolverá nunca lo que te ha robado.

—¡Bah! Eso no importa mucho. Lo que me importa es Tita. Cuando me case con ella y me la lleve a la cabaña de lo alto de la colina, seré feliz.

Y así siguiendo las cosas hasta que llegó el día señalado por mister Slater para casarse con Tita.

Tristemente se dejó la joven vestir las galas de novia y conducir del brazo por mister Slater a la iglesia donde el cura amigo les esperaba para echarles las bendiciones.

La iglesia estaba totalmente ocupada por las gentes más distinguidas del pueblo, las cuales habían sido invitadas por mister Slater.

Pero había una que no estaba invitada a la boda y que sin embargo había asistido. Era Corina, la cual al pasar casualmente por delante de la iglesia en aquel momento, había entrado para averiguar a que obedecía aquel bullicio.

Al ver quienes eran los novios, su sorpresa fué extraordinaria e inmediatamente, llevada de uno de

aquellos rasgos de generosidad que frecuentemente le usaltaban desde que el amor purificara su espíritu, salió del templo y se dirigió velozmente en busca de Henry para darle la noticia.

Ahora sí que no escuchó el joven con indiferencia sus palabras.

—¿Estás segura de lo que dices Corina?

—Acabo de verlos con mis propios ojos en la iglesia.

—Es preciso que discurramos algo para evitar que me roben a Tita.

Había en sus ojos un fuego de indignación que Corina no había visto nunca en aquella mirada invariablemente apacible.

—Me temo que ya es tarde para tomar ninguna determinación.

—Para mí no es tarde nunca. Iré a la iglesia y me apoderaré

de Tita. La defenderé con mi vida. Nadie logrará quitármela.

Estas palabras fueron como un rayo de luz en la inventiva de Corina.

—Vamos a la iglesia. Yo procuraré distraerles y tú, entretanto, la podrás robar.

Sin contestar una palabra, Henry echó a correr, sintiendo que Corina no pudiera seguirle en aquella loca carrera, por lo cual tenía que detenerse de vez en cuando.

Sin embargo, la iglesia estaba cerca y pronto llegaron a una prominencia desde donde se la dominaba.

Alguna gente que miraba a través de las ventanas, les demostraron que continuaba la ceremonia y que, por lo tanto, Tita estaba dentro todavía.

• • •

Ya el cura había dirigido las preguntas de ritual a los novios, ya había contestado mister Slater con un sí lleno de insana alegría y Tita con un movimiento de cabe-

za lleno de amargura, cuando irrumpió Corina en el templo atrayendo con un grito la atención de todos los concurrentes.

Le bastó una ojeada para ad-

vertir que el escenario estaba dispuesto de acuerdo con el buen desarrollo de los planes de Henry.

Tita estaba en pie junto a uno de los amplios ventanales de la iglesia, y a espaldas del cura y mister Slater, los cuales eran los que más severamente miraban a Corina al ver la forma incorrecta en que se había presentado.

—No permitiré que termine la ceremonia—dijo Corina a voz en grito—sin que oigas unas cuantas verdades. Tus malas artes te permiten robar impunemente el patrimonio a los infelices nativos, pero no creo que puedas robarles el amor con la misma facilidad. Henry ha sido una de tus víctimas. Le has robado todo cuanto poseía, le has arrojado vilmente de su casa. Esto se comprende, porque Henry tiene sangre indígena y los indígenas no conocen la maldad. Pero para el amor son decididos e inexorables. Cuando aman a una mujer, se la llevan sin que ninguna ley pueda detenerlos.

Y en este momento cuando todas las miradas estaban pendien-

tes de los labios de Corina los brazos robustos de Henry penetraron por la ventana; y se apoderaron de Tita.

—No olvides—continuó Corina con creciente ardor—lo que te acabo de decir y piensa que Henry es uno de esos indígenas que pone el amor por encima de todo lo demás y no reparan en los medios para apoderarse de la mujer amada.

—¡Calla, miserable! Si Henry se atreviera a tal cosa, le haría arrojar de esta isla. Por la cuenta que le tiene, se guardará mucho de molestar a Tita.

—Eres tú el que debes guardarte de Henry desde ahora en adelante, pues para recuperar a tu mujer habrás de quitársela y él está dispuesto a defenderla con su vida.

Dicho esto, Corina dió su misión por terminada y salió de la iglesia.

Y entonces se dieron cuenta mister Slater y los invitados de que Tita había desaparecido.

XI

Fué inútil que los buscaran aquella tarde.

Sólo Corina sabía el punto de la selva en que Henry había construido su choza.

En seguida se hizo la noche y fué preciso interrumpir las pesquisas, para reanudarlas, según mister Slater aseguró, apenas el sol asomara por Oriente.

Entre tanto, Henry y su amada Tita se abrazaban estrechamente en un rincón de la choza.

En brazos había llevado el joven la preciosa carga durante todo el camino, sin experimentar el menor cansancio.

Lo primero que hizo al llegar a la humilde choza, fué arrancarle aquellos vestidos que hablaban de civilización y de podredumbre, y hacerle poner la sencilla indumentaria indígena, que para él era signo de bondad y de pureza.

Desde entonces vivieron en una felicidad paradisiaca. La promi-

nencia estaba en lo más espeso de la selva y no llegaba hasta ellos ningún vestigio de vida humana ni nada que turbara aquel magnífico reposo. No se cansaban de mirarse y de amarse. Se levantaban con el sol y se sumergían en aquel mar inmenso de frondas, correteando y persiguiéndose como Henry tantas veces había soñado.

Siempre terminaban lo mismo estas correrías. El que cogía al otro recibía indefectiblemente el pago de un beso.

Y así pasaron algunos días.

Uno de ellos se levantaron más tarde que de costumbre. Henry daba muestras de una indolencia excesiva, y estuvo toda la mañana tendido bajo la delicia del sol y cantando aquellas canciones que tan profundamente conmovían a su amada.

Esta se acercó a él y le dijo después de acariciarle los cabellos:

—Ve a buscar algo de comer,

pues de lo contrario nos vamos a quedar en ayunas.

La réplica de Henry fué ponerse en pie de un salto después de tirar de los cabellos de Tita, echando a correr como un energúmeno hacia aquel punto de la selva materialmente cuajado de árboles frutales adonde iba diariamente por la comida.

Tita no se movió de la puerta hasta que le vió perderse en las densas profundidades.

Aun brillaba en sus ojos la alegría del último adiós, cuando se vilvió para dirigirse al fondo de la vivienda, quedando perpleja e inmóvil de terror y de angustia ante lo que de súbito percibió su mirada.

Acodado en una de las ventanas y mirándole con burlona fijeza estaba mister Slater.

* * *

Cuando Henry volvió a la casa con un improvisado cesto lleno de fruta, se sorprendió que Tita no estuviera a la puerta esperándola, como de costumbre.

Pero en seguida creyó adivinar que se había escondido para sorprenderle y se tumbó sobre una especie de banco que había a la puerta para esperar la sorpresa pacientemente.

Sobre su cabeza pendía un fruto seco atado a una cuerda que él mismo había colocado allí a modo de adorno y comenzó a jugar con él para distraer la espera.

Pero no alcanzaba bien con las manos el objeto de su entretenimiento y cogiendo una vara que su mano encontró al lado del banco, golpeó el fruto con ella.

De pronto advirtió que no era el tronco de una rama sino un pulido bastón de plateado puño, lo que tenía en la mano.

Se puso en pie en una convulsión al reconocer en el bastón aquella especie de vara de mando que mister Slater llevaba siempre consigo, y después de llamar varias veces a Tita con gritos desgarradores y de recorrer los alrededores de la casa, se dirigió en rauda carrera hacia la suntuosa vivienda que mister Slater se había hecho construir en medio del bosque de cocoteros.

Acababa de ser encerrada en el camarote la desdichada Tita, cuando apareció Corina en lo alto de la escalera y se deslizó silenciosamente al lado de la mestiza, la cual la contemplaba muda de asombro.

—Lo he visto todo desde el embarcadero y os he seguido y he conseguido deslizarme hasta aquí sin que me vieran. Quiero que sepas que tienes en mí una aliada y que haré todo lo posible por salvarte.

—No me dejes. Tengo miedo a míster Slater.

—Pero es preciso que avisemos a Henry.

—Pero ahora no. Me da miedo quedarme sola.

Pero de poco le sirvió la compañía de Corina. Manifestando su terror estaba, cuando apareció míster Slater en la puerta del camarote y dijo mirando con sarcasmo a las dos mujeres:

—Las dos sois pájaros del mismo plumaje.

Y se acercó a ellas con una terrible amenaza en la mirada.

Cogió a Corina por una muñeca y exclamó:

—¡Fuera de mi barco! Aquí sólo tienen entrada las personas decentes.

Y casi a rastras porque Corina no quería separarse de Tita, la llevó a la cubierta donde dió a sus hombres orden de que se la llevaran del barco.

Instantáneamente se sintió atanzada por varios brazos duros y poderosos como el hierro y conducida a un bote que habían arreado al pie de la escalerilla.

Comprendió que de nada le serviría seguir oponiendo resistencia, pero halló la satisfacción de poder decir a míster Slater, el cual contemplaba el espectáculo desde la borda:

—Un día te dije que Henry tenía sangre de indígena. Ahora te recuerdo que también la tiene de hombre blanco y que los hombres blancos pelean por sus esposas como tigres.

* * *

Míster Slater soltó una feroz carcajada y volvió al camarote donde Tita estaba prisionera.

Presintiendo que algún espantoso castigo le esperaba, la joven habíase ocultado bajo una litera, pero míster Slater la descubrió en seguida y la llamó en un tono que acabó de amedrentar a la desdichada.

—Ven aquí, mala mujer.

Y al mismo tiempo se quitaba la americana y se arremangaba la manga derecha de la camisa.

Tita se acercó a él arrastrándose y pidiéndole perdón con los ojos arrasados en lágrimas.

Cuando llegó junto a él se abrazó a sus piernas y apoyando la frente en sus rodillas lloró y lloró angustiosamente.

Pero míster Slater dijo con un tono de inexorable rigor:

—Has faltado a tu juramento de fidelidad, a la promesa que hiciste ante Dios de ser sólo para mí y has de llevar tu merecido. Nada ni nadie logrará librarte de ello.

—¡Perdón, perdón! — imploró Tita estremeciéndose.

Pero la respuesta de míster Slater fué descolgar la correa con que castigaba a los marineros rebeldes y descargarla por primera vez sobre las desnudas espaldas de Tita.

XII

Al llegar el bote a la playa, Corina fué arrojada en la arena sin contemplaciones y sin que produjeran ningún efecto sus furiosas protestas.

—¡Ya os arreglará Henry! ¡Pobre del que se interponga!

Y echó a correr en dirección a la casa del mestizo para avisarle.

Corrió con tanta fe, con tanto entusiasmo, llevada de un tan firme propósito de dar cima a aquella buena obra de salvar a Tita del suplicio que a buen seguro la aguardaba y de devolver la felicidad a Henry, que no sintió cansancio en ningún momento, y cuando terminó de correr, estaba en disposición de prolongar la carrera unos cuantos kilómetros más.

Su intención era dirigirse a casa de Henry, pero al llegar frente a la de mister Slater, le encontró. Iba corriendo como ella y llamaba a voces a Tita.

Comprendió Corina que tam-

bién él la buscaba por haber advertido su ausencia y le llamó.

Pero tan ciego iba, que su llamada cayó en el vacío.

Henry se dirigió a la casa y le dió varias vueltas, llamando sin cesar a Tita y golpeando la puerta y asomándose a las ventanas.

—¡Tita, Tita!

Y su llamada era un grito de desesperación y angustia, pero también de amenaza.

—¡Henry!

Esta vez se volvió el joven y se detuvo un segundo para contemplar a Corina, la cual, al comprender que su carrera era ya inútil, se había dejado caer en el suelo desfallecida.

Corrió hacia ella.

—¿Qué sucede, Corina?—demandó, presintiendo que la llegada de Corina estaba relacionada con la desaparición de su amada.

—¡Corre, Henry! ¡Está en el

barco! Corre antes de que míster Slater la torture.

No necesitó preguntar si le hablaba de Tita.

Unos segundos se había detenido junto a la casa y otro al ver a Corina. Ahora había escuchado sus palabras mientras se dirigía a ella y pasó por su lado sin detenerse.

Los pies descalzos de Henry marcaban sobre la tierra un tamborileo desesperado. Henry corría a largos y rápidos pasos. Era una carrera loca y frenética. Sus ojos dilatados estaban fijos en el horizonte marino que ya se columbraba desde allí y sobre el que se recortaba la mancha blanca de la goleta.

Llegó a la arena y continuó corriendo. El agua le llegaba a las rodillas y corría aún. Al fin, pudo echarse a nadar.

Sus brazos se movían como las aspas de una hélice y el cuerpo del nadador se deslizaba sobre la superficie con la marcha igual y rápida de una lancha de motor.

También como una lancha de motor el agua se abría tras él de-

jando una estela cónica sembrada de flores de espuma.

Llegó a la goleta. Sus brazos continuaron moviéndose con rapidez a lo largo de una cuerda que pendía de la borda y por la cual subió a pulso.

De un salto estuvo en cubierta.

—¡Tita!

Pero nadie respondió.

Iba a dirigirse a la proa, cuando un golpe, seguido de un grito le detuvo.

Por el ruido comprendió que el golpe había sido descargado sobre la espalda de una persona y en el grito reconoció la voz angustiada de Tita.

Como los golpes y los lamentos se repitieran, pudo dirigirse, guiándose por ellos, al camarote de Tita, cuya puerta golpeó inútilmente.

Al no recibir respuesta inmediata, dió un paso atrás y descargó todo el peso de su cuerpo sobre la puerta.

Tan violento y furioso fué el golpe, que la puertecilla voló hecha astillas y Henry penetró en el camarote dando tumbos.

Allí se detuvo un segundo in-

movilizado por el horror que le producía el cuadro que se ofreció a sus ojos.

A los pies de mister Slater se arrastraba Tita retorciéndose de dolor.

Mister Slater tenía en la mano un trozo de correa de las que solían emplear los hombres blancos para castigar a los indígenas y la descargaba sin piedad una y otra vez sobre las espaldas de Tita, dejando con cada golpe una huella sangrienta en la carne de terciopelo.

Todo esto lo vió Henry en menos de medio segundo y se abalanzó sobre mister Slater en un salto felino.

El hombre blanco quiso revolverse contra él, pero la mano de Henry sujetó fuertemente el brazo criminal, mientras que la otra se aferraba al cuello del desalmado.

Grande fué la sorpresa del fornido y gigantesco mister Slater, al ver la facilidad con que le inmovilizaban las manos del indígena.

Más que manos eran tenazas. Si la que se aferraba a su cuello y

zarandeaba su cabeza no cesaba de apretar, los ojos se le saldrían de las órbitas. Si la que sujetaba su muñeca continuaba intensificando la presión, el brazo se le rompería como una rama seca.

En uno de los violentos balanceos, las manos de Henry soltaron la presa y el cuerpo de mister Slater fué a parar contra el tabique de madera del camarote, haciendo cruzir las gruesas tablas.

Otra vez fué hacia él el mestizo, pero le detuvo la angustia y el espanto con que mister Slater suplicaba:

—¡No me mates! ¡No me mates!

El piadoso corazón de Henry se conmovió ante la dolorosa súplica y hasta se arrepintió de haber obrado con tanta energía.

—Usted tiene la culpa, mister Slater. Se había empeñado usted en hacerme enfadar y lo ha conseguido.

Dijo ésto en el tono que se suele emplear para reprender a los niños desobedientes.

Después se dirigió hacia Tita y

le dijo mientras la ayudaba a ponerse en pie:

—¡Pobre Tita! ¿Te ha hecho daño ese loco?

La levantó, la rodeó amorosamente con sus brazos, le cubrió la desnuda y herida espalda y añadió:

—Vamos a nuestra choza. Allí te curaré con un remedio muy bueno que conozco.

—No ha sido nada, Henry. No me duele ya.

En lo alto de la escalerilla se detuvo el mestizo y dirigió a mister Slater estas últimas palabras:

—¡Que le sirva de escarmiento, mister Slater! No me gusta tener enemigos.

Salieron a cubierta.

—Habremos de esperar a que vuelva el bote para que nos lleven a tierra—dijo Henry.

Si esperamos a que venga la gente de mister Slater estamos perdidos. Hemos de marcharnos en seguida.

—¿Cómo?

—Ahora verás.

Y Tita se encaramó a la borda

y se arrojó al mar, comenzando a nadar en seguida.

Henry la imitó inmediatamente.

Mister Slater se levantó trabajosamente. Había en sus ojos un relampagueo de ira y de ferocidad.

Descolgó un encorvado sable que pendía, en calidad de adorno, en uno de los testers del camarote y salió a cubierta dispuesto a seguir a los fugitivos para saciar sus horribles anhelos de venganza.

Arrió un bote ligeramente al ver que Henry y Tita se dirigían a nado a la costa y comenzó a remar afanosamente.

A unos cincuenta metros de la goleta se hallarían cuando Tita dió un grito.

—¡Dos tiburones!

Los avezados ojos de Henry descubrieron en seguida en la superficie la terrible huella y dió a Tita la siguiente orden:

—Volvamos atrás. Pasa tú delante.

Pero Tita descubrió a mister Slater y exclamó:

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Viene mister Slater.

Tal era el terror que su protector le inspiraba que no sabía qué preferir, si hacer frente a los tiburones o volver al lado de mister Slater.

—¡Hacia la barca!—gritó Henry.

Al llegar junto al bote comprendió las vacilaciones de Tita. Mister Slater había soltado los remos y empuñado un sable con el que le amenazaba.

Tita subió a la barca por el otro lado y Henry, sin preocuparse de la amenaza del sable se cogió a la parte de la borda que defendía mister Slater.

Este fué a descargar el primer mandoble, pero al tirar Henry de la borda para encaramarse, la barca se dobló y mister Slater cayó al agua de cabeza.

Sucedió todo con tanta rapidez

que Tita y Henry se miraron con asombro al verse a salvo en el bote y libres de las traidoras iras de mister Slater.

Lanzó éste un grito al ver a los tiburones, y Henry, en un último rasgo de generosidad, quiso dirigir el bote hacia él para salvarle.

Pero no hubo tiempo. Mister Slater había desaparecido de la superficie, brotando en su lugar una mancha espumosa de sangre que tiñó las aguas.

* * *

Desde entonces nada turbó los sueños de Henry y de Tita.

El mestizo recuperó su hacienda y su amada. Ella obtuvo la libertad y el amor.

Hoy, vivirán todavía felices, sin codicias ni inquietudes, en la hermosa isla perdida en la inmensidad del Pacífico.

F I N

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar. El coche número 13. — Sin familia. — Mare Nostrum. Nantás, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juventud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casanova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan, el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne. — La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Trípoli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena. — Águilas triunfantes. — El Sargento Malacara. — El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Ballarina de la Opera. — Ben-All. — Los Cuatro Diablos. — ¡Ríe, payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética. — Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Singapur. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El despertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor. — Cristina la Holandesita. — ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! — Sombras blancas. — La copla andaluza. — Los cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer ligera y Vírgenes modernas

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La grandiosa novela

Estrellas dichosas

por la pareja ideal

Charles Farrell

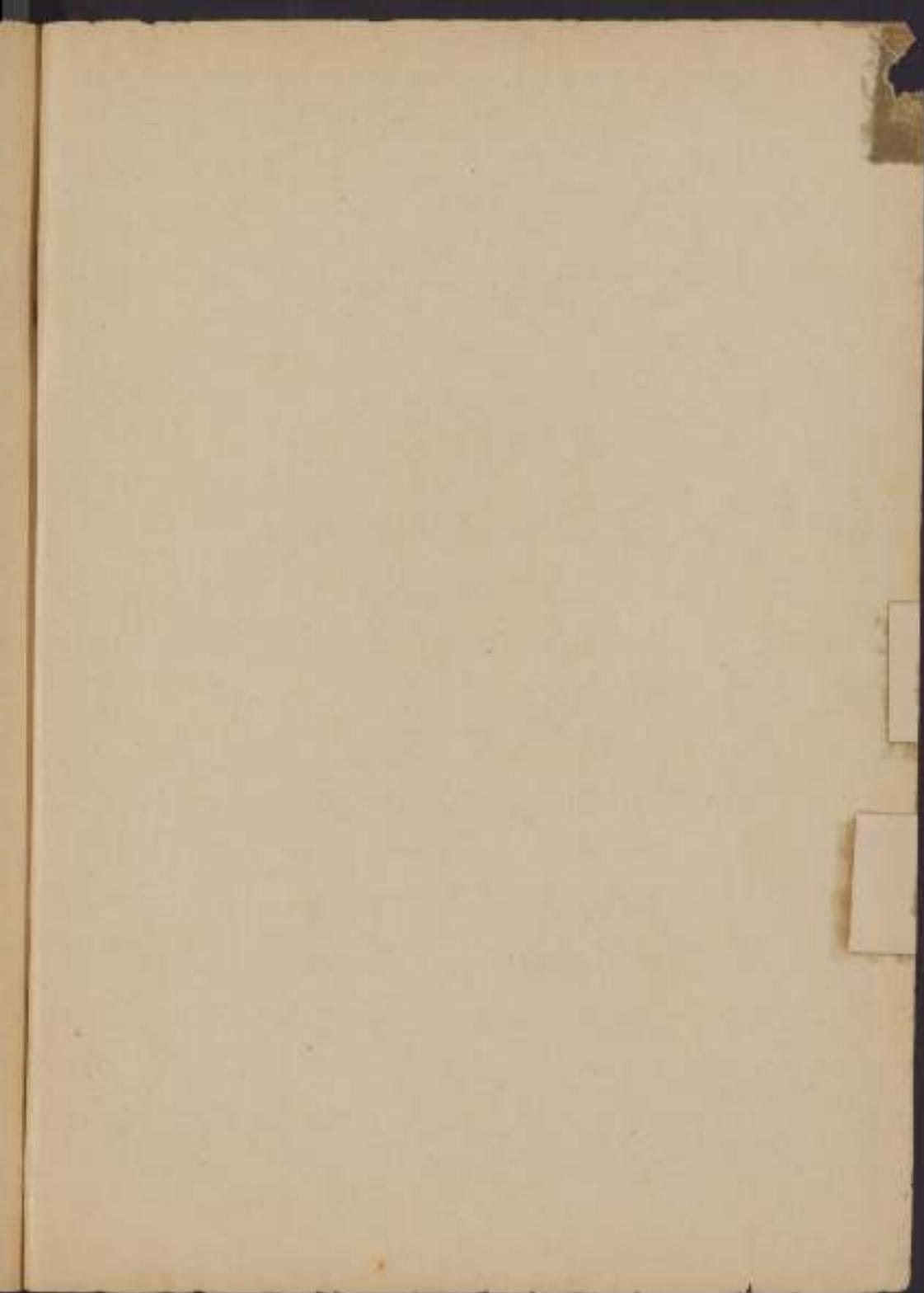
y

Janet Gaynor

Encargue ahora mismo esta novela a su librero

Precio: UNA peseta





EB

Precio: Una peseta